

denal. ¡ Oh ! no podré resistir al deseo de hablar de todo esto.

— Haced lo que gustéis, monseñor, respondió Bál-samo riendo ; pero no olvidéis que hablar de esto es contraer el compromiso de venir á apagar vos mismo la llama de mi hoguera, si por casualidad cae el Parlamento en la tentación de hacerme tostar en la plaza de Greve.

Y habiendo acompañado á su ilustre visitador hasta la puerta cochera, se despidió de él con un saludo respetuoso.

— No veo á vuestro criado, dijo el cardenal.

— Ha ido á llevar el oro á vuestro coche, monseñor.

— ¿ Sabe dónde está ?

— Debajo del cuarto árbol, á la derecha, volviendo el baluarte : eso es lo que yo te decía en alemán.

El cardenal levantó las manos al cielo y desapareció en la sombra.

Bálsamó esperó que volviese Fritz, y volvió á subir á su habitación cerrando todas las puertas.

XII

El elixir de la vida

Apenas quedó Bálsamo solo, se dirigió á la puerta de la estancia de Lorenza.

Dormía con un sueño igual y dulce.

Entreabrió entonces un postiguillo fijado por la parte de afuera, y la contempló breve rato en un dulce y tierno éxtasis. Después, cerrando el postiguillo y atravesando el aposento que hemos descrito, y que separaba la habitación de Lorenza del gabinete del físico, se apresuró á ir á apagar sus hornillos, abriendo un inmenso conducto que desprendió todo el calor por la chimenea, y dió paso al agua de un receptáculo que había en la azotea.

Guardando después cuidadosamente en una cartera de tafete negro el recibo del cardenal, dijo :

— La palabra de los Rohán es buena, pero para mí solamente, y conviene el que se sepa allá bajo en qué se emplea el oro de los hermanos.

Estas palabras se extinguían en sus labios, cuando tres golpes secos dados en el techo le hicieron levantar la cabeza.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! dijo, Althotas me llama.

Y como continuase su tarea de ventilar el laboratorio, colocar cada cosa en su sitio y poner la plancha sobre los ladrillos, redoblaron los golpes con más fuerza.

— ¡ Ah ! se impacienta ; esa es buena señal .

Bálsamo cogió una vara larga de hierro y llamó á su vez ; en seguida descolgó de la pared una argolla de hierro, y por medio de un resorte que se aflojó, se desprendió del techo una trampa y bajó hasta el suelo del laboratorio. Bálsamo se colocó en el centro de la maquina, por medio de otro resorte volvió á subir suavemente llevando su carga con la misma facilidad que las glorias del teatro de la Ópera trasportan á los dioses y á las diosas, y el discípulo se halló pronto al lado del maestro.

Esta nueva habitación del viejo sabio tendría de ocho á nueve pies de altura por diez y seis de diámetro, recibía la luz por arriba á la manera de los pozos, y estaba herméticamente cerrada por sus cuatro fachadas.

Este aposento era, como se ve, un palacio, comparado con la habitación que tenía en el carruaje.

El viejo estaba sentado en un sillón en el centro de una mesa de mármol cortada en forma de cerradura y obstruída de todo un mundo, ó más bien, de un caos de plantas, redomas, útiles, libros, aparatos y papeles llenos de caracteres cabalísticos.

Estaba tan distraído, que no se movió siquiera cuando se presentó Bálsamo.

La luz de una lámpara fijada en el punto culminante de la techumbre de cristales caía sobre su cráneo desnudo y luciente.

Examinaba entre sus dedos una botella de cristal blanco, cuya transparencia consultaba poco más ó menos como un ama de gobierno económica que hace la compra por sí misma, mira á la luz los huevos que ha comprado.

Bálsamo le miró primero silenciosamente, y al cabo de un instante dijo :

— Y bien, ¿ hay algo de nuevo ?

— Sí, sí. Llega, Acharat : me ves encantado, enanado : ya lo hallé, y lo hallé.....

— ¿ El qué ?

— ¡ Pardiez ! lo que buscaba.

— ¿ El oro ?

— ¡ Qué oro ni qué calabaza !

— ¿ El diamante ?

— ¡ Valiente desatino ! ¡ Verdad es ! no son malas gangas el oro y el diamante, y por mi ánima habria de qué regocijarse si hubiese encontrado eso !

— ¿ Entonces, preguntó Bálsamo, lo que habéis encontrado es vuestro elixir ?

— Sí, amigo mío, es mi elixir ; es decir, la vida, ¿ qué digo la vida ? la eternidad de la vida.

— ¡ Oh, oh ! exclamó Bálsamo entristecido, porque miraba aquella investigación como una obra insensata, ¡ todavía os ocupáis de ese sueño !

Pero Althotas, sin escuchar, miraba amorosamente su redoma.

— En fin, dijo, la comparación está hallada : elixir, veinte gramos ; bálsamo de mercurio, quince ; precipitado de oro, quince ; esencia de los cedros del Líbano, veinticinco.

— ¿ Me parece que esa era vuestra última combinación, maestro ?

— Sí, pero me faltaba el ingrediente principal que liga todos los demás, y sin el cual no son nada.

— ¿ Y lo habéis hallado ?

— Lo he hallado.

— ¿ Pero podéis proporcionároslo ?

— ¡ Pardiez !

— ¿Cuál es ?

— Es menester añadir á las materias ya combinadas

en esta redoma las tres últimas gotas de sangre arterial de un niño.

— ¿Pero ese niño, dijo Bálamo espantado, dónde lo hallaréis ?

— Tú me lo proporcionarás.

— ¿Yo ?

— Sí, tú.

— ¿Estáis loco, maestro ?

— Y bien, ¿qué ? preguntó el impasible viejo lamiendo con placer el exterior del frasco, donde por el tapón mal cerrado rezumaba una gota de agua; y bien, ¿qué ?

— ¿Y queréis un niño para coger las tres últimas gotas de su sangre arterial ?

— Sí.

— ¿Pero es preciso matar para esto al niño ?

— Sin duda; y cuanto más lindo sea mejor.

— Imposible, dijo Bálamo; no se cogen así los niños para matarlos.

— ¡Bah ! exclamó el viejo con una serenidad atroz, ¿y qué importa eso ?

— Que para eso es preciso robarlos.

— ¡Bah, bah ! el mundo está ya muy trocado; hace tres años venían á ofrecernos tantos niños cuantos queríamos por media botella de aguardiente ó por un poco de pólvora.

— ¿Y eso sucedió en el Congo, maestro ?

— Sí, en el Congo. Me es indiferente que el niño sea negro; recuerdo que los que nos presentaban eran muy lindos, muy rizaditos y muy juguetones.

— ¡Perfectamente ! dijo Bálamo, pero por desgracia no estamos en el Congo.

— ¡Ah, no estamos el Congo ! dijo Althotas; ¿pues en dónde estamos ?

— En París.

— ¿En París ? en hora buena, embarcándonos en Marsella estamos en el Congo dentro de seis semanas.

— Sí, puede ser eso muy cierto, pero yo necesito quedarme en Francia.

— ¿Necesitas quedarte en Francia ! ¿y por qué ?

— Porque tengo que evacuar algunos asuntos.

— ¿Tienes que evacuar asuntos en Francia ?

— Sí, y muy serios.

El anciano prorrumpió en una larga y lúgubre carcajada.

— ¿Tienes que hacer en Francia ? dijo. ¡ Ah ! sí, es verdad, me había olvidado; tienes que organizar los clubs.

— Así es la verdad, mi querido maestro.

— Que urdir conspiraciones.

— También es verdad.

— En fin, que evacuar asuntos serios, como tú dices.

Y el anciano volvió á soltar su carcajada burlona.

Bálamo guardó silencio, reconcentrando todas sus fuerzas para hacer frente á la tempestad que se preparaba, y que ya oía rugir sobre su cabeza.

— ¿Y cuál es el estado de esos negocios ? Sepamos, dijo el anciano volviéndose con gran trabajo en su sillón y fijando sus grandes ojos garzos en su discípulo.

Bálamo sintió penetrar dentro de sí aquella mirada como un rayo luminoso.

— ¿Cuál es el estado de los negocios ? preguntó.

— Sí.

— He lanzado la primera piedra : el agua está turbada.

— ¿Y qué sedimento has removido ? habla : sepamos.

— El bueno, el sedimento filosófico.

— Así vas á poner en juego tus utopías y tus sueños;

á pícaros, que discuten sobre la existencia de Dios, en lugar de tratar como yo de hacerse dioses á sí mismos; ¿ y quiénes son esos famosos filósofos con los cuales te has unido? veamos.

— Tengo ya al primer poeta y primer ateo de la época; uno de estos días debe volver á Francia, de donde está casi desterrado por haberse hecho masón en la logia que estoy organizando en la calle del Pot-de-Fer en la antigua casa de los jesuítas.

— ¿ Y cómo se llama?

— Voltaire.

— No lo conozco, ¿ y quién más?

— Pronto deben ponerme en relaciones con el principal reformador de las ideas el siglo, con el hombre que ha escrito el *Contrato social*.

— ¿ Cómo se llama?

— Rousseau.

— No le conozco.

— Lo creo bien, pues no conocéis más que á Alfonso X, á Raimundo Lulio, á Pedro de Toledo y al gran Alberto.

— Porque esos son los únicos hombres que han vivido realmente: porque ellos solos han agitado durante toda su vida esa gran cuestión de ser ó no ser.

— Hay dos maneras de vivir, maestro.

— Yo no conozco más que una: la de existir; pero volvamos á esos dos filósofos. ¿ Cómo has dicho que se llaman?

— Voltaire y Rousseau.

— Bueno, me acordaré de esos nombres; ¿ y crees tú que con el auxilio de esos dos hombres?.....

— Podré apoderarme del presente y minar el porvenir.

— ¡ Oh! oh! ¡ qué bestias son en este país, que se dejan manejar con ideas!

— Todo lo contrario: por lo mismo que tienen demasiado talento ejercen las ideas sobre ellos más influencia que los hechos. Por otra parte, cuento con un auxiliar más poderoso que todos los filósofos de la tierra.

— ¿ Cuál?

— El tedio. Hace ya mil seiscientos años que la monarquía dura en Francia, y los franceses están cansados de la monarquía.

— ¿ De suerte que quieren derribar la monarquía?

— Sí.

— ¿ Crees eso?

— Sin duda.

— ¿ Y te consagras á ese objeto?

— Con todas mis fuerzas.

— ¡ Imbécil!

— ¿ Cómo?

— ¿ Qué piensas sacar de la caída de la monarquía?

— Yo nada; pero todos la felicidad.

— Veamos; hoy estoy contento, y quiero perder mi tiempo en seguirte. Explicame primero cómo llegarás á la felicidad, y después lo que es esa felicidad.

— ¿ Cómo llegaré?

— Sí, á la felicidad de todos ó á la caída de la monarquía, lo que es para ti equivalente de la felicidad general. Ya te escucho.

— Pues bien; en este momento existe un ministerio que es el último baluarte que defiende la monarquía; es un ministerio inteligente, ingenioso y arrojado, que acaso podría sostener veinte años más esa monarquía, gastada y vacilante; pero ellos me ayudarán á derribarlo.

— Quiénes, ¿ tus filósofos?

— No por cierto; los filósofos lo sostienen.

— ¿ Cómo! ¿ tus filósofos sostienen un ministerio

que apoya la monarquía, ellos, que son los enemigos de ésta ? ; oh ! ; qué imbéciles son los filósofos !

— Es que el ministro es filósofo también.

— ¡ Ah ! ya comprendo, y ellos gobiernan en la persona del ministro. Me he equivocado ; no son imbéciles sino egoístas.

— No quiero discutir sobre lo que son, dijo Bál-samo, que principiaba á impacientarse, no sé nada de eso ; lo que sé es que, derribado ese ministerio, todos clamarán contra el que lo reemplace. Este ministerio tendrá contra sí, en primer lugar á los filósofos, después al parlamento, y el ministerio perseguirá á los filósofos y disolverá el parlamento. Entonces, en la inteligencia y en la materia, se organizará una liga sorda, una oposición tenaz, incesante, que atacará todo, que minará sin cesar hasta conmover todo el edificio. Á los parlamentos reemplazarán jueces que, nombrados por el rey, lo harán todo en favor de la monarquía. Se les acusará, y con razón, de venalidad, de concusión y de injusticia. El pueblo se levantará, y en fin, la monarquía tendrá en contra suya á la filosofía, que es la inteligencia, á los parlamentos, que son la clase media, y al pueblo, que es el pueblo ; es decir, esa palanca que buscaba Arquímedes, y con la cual se levanta el mundo.

— Pues bien, cuando hayas levantado el mundo será preciso que lo dejes caer.

— Sí, pero al caer se hará mil pedazos el trono.

— Y cuando esté hecho pedazos, veamos, quiero seguir tus imágenes falsas y hablar en tu lenguaje enfático, cuando se haya hecho pedazos el trono carcomido, ¿ qué saldrá de entre sus ruinas ?

— La libertad.

— ¡ Ah ! ¿ conque los franceses serán libres ?

— Esto no puede menos de suceder un día.

— ¿ Libros todos ?

— Todos.

— ¿ Habrá entonces en Francia treinta millones de hombres libres ?

— Sí.

— Y entre esos treinta millones de hombres libres, ¿ crees que no se encontrará un hombre menos loco que los demás, el cual confiscará el día menos pensado la libertad de sus veintinueve millones, novecientos noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve conciudadanos, para gozar él solo un poco más de libertad ? ¿ Te acuerdas de aquel perro que teníamos en Medina, que él solo se comía la parte de todos los demás ?

— Sí, pero llegó un día en que todos se unieron contra él y lo devoraron.

— Porque eran perros, los hombres no hubieran dicho nada.

— ¿ Conque es decir que hacéis la inteligencia del hombre inferior á la del perro, maestro ?

— ¡ Diablo ! ahí están los ejemplos.

— ¿ Qué ejemplos ?

— Me parece que entre los antiguos hubo un tal César Augusto, y entre los modernos un tal Oliverio Cromwell que mordieron ansiosamente la torta romana y la torta inglesa, sin que los mismos á quienes se la arrancaron dijeran ni hicieran la menor cosa contra ellos.

— En hora buena : suponiendo que exista ese hombre, será mortal, morirá y antes de morir habrá hecho bien á esos mismos á quienes haya oprimido, porque habrá cambiado la naturaleza de la aristocracia ; obligado á apoyarse en alguna cosa, habrá escogido la cosa más fuerte, es decir, el pueblo. Á la igualdad que humilla habrá sustituido la igualdad que eleva. La

igualdad no tiene barrera fija; es un nivel que sufre la altura del que la hace. Elevando, pues, al pueblo habrá consagrado un principio desconocido hasta él. La revolución habrá hecho libres á los franceses, y el protectorado de otro César Augusto ó de otro Oliverio Cromwell los habrá hecho iguales.

Althotas hizo un brusco movimiento en su sillón.

— ¡Oh, qué hombre tan estúpido! exclamó, emplead veinte años de vuestra vida en educar á un niño, en tratar de enseñarle lo que sabéis, para que luego este niño venga á los treinta años á decirnos: « ¡ Los hombres serán iguales !..... »

— Sin duda: los hombres serán iguales, iguales delante de la ley.

— Y delante de la muerte, imbécil, delante de la muerte, esa ley de las leyes, ¿ son iguales cuando uno muere á los tres días y otro á los cinco años? ¡ Iguales, iguales los hombres mientras no hayan vencido la muerte! ¡ Oh, bruto y más que bruto!

Y Althotas se arrellanó en su sillón para reír más libremente, en tanto que Bálamo, serio y taciturno, se sentaba con la cabeza humillada.

Althotas le miraba con aire compasivo.

— ¿ Conque yo soy igual, dijo, al peón de albañil que roe su mendrugo de pan negro, al niño que mama á su nodriza, al viejo embrutecido que bebe su suero y llora con sus ojos apagados?... ¡ Oh, qué desgraciado sofista eres! Reflexiona en una cosa, y es que los hombres no serán iguales sino cuando sean inmortales, porque siendo inmortales serán dioses, y solo los dioses son iguales.

— ¡ Inmortales! murmuró Bálamo, ¡ inmortales! Quimera.

— ¡ Quimera, exclamó Althotas, quimera! sí, quimera como el vapor, quimera como el fluido, quimera

como todo lo que se busca, que no se ha descubierto y que se descubrirá. Pero remueve conmigo el polvo de los mundos, descubre una tras otra esas capas superpuestas, cada una de las cuales representa una civilización, y en esas capas humanas, en ese detritus de reinos, en esas vetas de siglos, que corta como rebanadas el hierro de la investigación moderna, ¿ qué lees tú? Que en todos tiempos han buscado los hombres lo que yo busco bajo los diferentes títulos de lo mejor, del bien y de la perfección. ¿ Y cuándo buscaban eso? En tiempo de Homero, cuando los hombres vivían doscientos años, en tiempo de los patriarcas, cuando vivían ocho siglos; y no han hallado ese mejor, ese bien, esa perfección, porque si lo hubiesen hallado, este mundo decrepito estaría fresco, virgen y rozagante como el alba matinal. En lugar de todo esto sólo hay dolor, cadáver, fiemo. ¿ Es dulce el dolor? ¿ Es bello el cadáver? ¿ Es apetecible el fiemo?

— Pues bien, dijo Bálamo contestando al anciano, á quien una tosecita seca acababa de interrumpir, pues bien; decís que nadie ha encontrado todavía ese elixir de la vida, y yo os digo que nadie lo hallará.

— ¡ Necio! nadie ha hallado tal secreto, luego nadie lo hallará! Según esa lógica, jamás se habrían hecho descubrimientos. ¿ Crees tú que los descubrimientos sean cosas nuevas que se han inventado? No, son cosas olvidadas que se vuelven á encontrar. ¿ Y por qué se olvidan las cosas una vez halladas? Porque la vida es demasiado corta para que el inventor pueda sacar de su invención todas las deducciones que encierra. Veinte veces ha estado á punto de ser hallado ese elixir de la vida. ¿ Crees tú que la laguna Estigia sea una invención de Homero? ¿ Crees que ese Aquiles, casi inmortal, puesto que no era vulnerable sino por el talón, sea una fábula? No, Aquiles era el dis-